Horizonte literario en torno al Arcipreste de Hita: Un hombre y un libro fronterizos

Julio Rodríguez Puértolas
Universidad Autónoma de Madrid

Investigaciones relativamente recientes apuntan a señalar unos datos –muy cuestionados, dicho sea de paso, por los criticas que bien podemos llamar occidentalistas– sobre la vida de Juan Ruiz, arcipreste de Hita; todo ello según informaciones textuales. De este modo, su verdadero nombre sería Juan Ruiz de Cisneros, hijo de un noble castellano cautivo en tierras de *Al-Andalus,* donde habría nacido Juan Ruiz hacia 1295: precisamente en ésta Alcalá *la Real* o de *Ben-Zayde.* Ya en Castilla, habría sido protegido por la Reina María de Molina y por un tío paterno, obispo de Sigüenza, y alcanzando diversos cargos eclesiásticos. En su *Libro de Buen Amor* se ven todas sus experiencias vitales y toda la realidad fronteriza de la época.

El *Libro de Buen Amor* está compuesto durante el reinado de Alfonso XI, pues las dos versiones existentes del poema son de 1330 y 1343. Sus fuentes, como es sabido, son muy amplias, y si por un lado aparece el conocimiento y la sabiduría del mundo occidental, en sus diversas manifestaciones, por otro queda patente la presencia de la literatura y de las ideas hispano-musulmanas e hispano-hebreas, contribuyendo todo ello a formar ejemplo señero de mudejarismo cultural y vital. Con una notable diferencia entre «lo occidental» y «lo oriental»: esto último no es solamente cultural, sino también ambiental y real, no libresco. Ello es básico para un correcto

entendimiento del *Libro de Buen Amor* pues se halla en la base del mencionado mudejarismo. El sectarismo critico quiere excluir de la obra de Juan Ruiz bien «lo occidental», bien «lo oriental». Lo cual no significa otra cosa que empobrecer y limitar de modo brutal la complejidad del *Libro de Buen Amor*, de Juan Ruiz y del mundo en que vivió. Pues el arcipreste integra de modo genial todo elemento cultural de su momento histórico, sea clásico y europeo, sea cristiano, musulmán o judío, en una acumulación vitalista jamás lograda en la literatura medieval, peninsular o no. Es decir, un hombre y un libro fronterizos.

Las diferentes interpretaciones que se han hecho sobre el sentido del *Libro de Buen Amor* –la teoría del didactismo y la del vitalismo, de modo especial– se basan en buena parte en lo que en general suele considerarse como ambigüedad del autor. Ahora bien, mucho de lo que dice el arcipreste en diferentes lugares de su libro, apunta a indicar la existencia de un sentido literal y de otro oculto, profundo, que es preciso desentrañar. Todo ello, sin duda, tiene correspondencia con conocidos tópicos de la exégesis cristiana y de la literatura occidental, pero también con importantes teorizaciones y prácticas musulmanas y judías. No en vano los tres pueblos son «los pueblos del *Libro*», esto es, poseedores de un texto sagrado y revelado que es necesario estudiar, analizar y entender para que sirva de guía activa en la comprensión de otro «Libro», el del mundo y la vida. Pues en efecto, los tres textos sagrados –Biblia, Evangelios, Corán– son, más allá de la metafísica en ellos implicada, sendas cosmovisiones, explicaciones del mundo, como también a su manera lo es el *Libro de Buen Amor*.

Por lo demás, y como se ha dicho, es cierto que los seres que aparecen en el mundo creado por Juan Ruiz viven en tensión. La realidad surge aquí como un juego de fuerzas en conflicto, en medio de las cuales el hombre se halla perdido:

> cuidados tan departidos créçenme de cada parte,
> con pensamientos contrarios en mi coraçón se parte
>
> (691)

Vida, naturaleza y amor, frente a muerte; libertad frente a determinismo; bien frente a mal; virtud frente a pecado. Todo lo creado, para empezar, aparece sujeto al amor, fuerza telúrica y mecánica, natural. Juan Ruiz comienza sus argumentaciones protegiéndose tras la autoridad de Aristóteles:

> Como dize Aristótiles, cosa es verdadera
> el mundo por dos cosas trabaja: la primera,

por aver mantenençia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra plazentera
(71)

Y al igual que es inútil todo intento de escapar al amor –a la sexualidad, al vitalismo– también es imposible luchar por cambiar un destino marcado por las estrellas:

qual es el asçendente e la costellaçión
del que naçe, tal es su fado e su don.
(124)

Es cierto que Juan Ruiz declara que Dios puede modificar lo señalado por los astros, pero si Dios mismo ha creado la mujer, y por tanto la atracción sexual («si Dios, quando formó el omne, entendiera/ que era mala cosa la muger, non la diera/ al omne por conpañera nin d'él non la feziera;/ si para bien non fuera, tan noble non saliera»; 109), también ha creado las estrellas y el destino de cada hombre. Lo importante es que en toda esta parte del *Libro de Buen Amor* dedicada al poder del destino y de la naturaleza no hay referencia alguna al libre albedrío cristiano, lo que acerca la obra de Juan Ruiz a ciertas creencias vulgares que no son estrictamente cristianas, sino musulmanas, y que coexisten de forma no muy clara con las ortodoxas: de nuevo, sin duda, lo fronterizo.

Además del amor y de los astros, una tercera fuerza también creada por Dios domina al hombre: la muerte. En una dicotomía de tipo dialéctico, queda evidente en el texto el poder respectivo de las dos fuerzas opuestas, amor y muerte. Es central para la interpretación del *Libro de Buen Amor* el *planto* en que Juan Ruiz lamenta la desaparición de la vieja alcahueta Trotaconventos, en el cual es claro que *bien* y *mal* se corresponden con *vida* y *muerte*. El arcipreste, sin duda, con una mentalidad sensualista, esto es, «oriental», afirma que la muerte acaba con los cinco sentidos del hombre, con las hermosuras y con el placer, al tiempo que destruye las relaciones humanas y afectivas. En sus imprecaciones, Juan Ruiz llega a decir algo en verdad inquietante, olvidando toda una literatura y doctrina cristianas que sin duda conocía de sobra, una ortodoxia para la cual la muerte es liberación alegre, y que aquí se transforma en lo contrario:

Non á en el mundo libro nin escrito nin carta,
omne sabio nin neçio que de ti bien departa
(1529)

Y además:

por tu miedo los santos fizieron los salterios:
sinon Dios, todos temen tus penas e tus lazerios
(1554)

si esta es la motivación de la santidad, algo fundamental del cristianismo parece caer por su base.

En el entrecruce de la todopoderosa trinidad –amor, destino, muerte– el ser humano parece quedar en conflictiva angustia y soledad. El problema podría plantearse en términos bien escuetos: se trata de una dialéctica expresada en la violenta contradicción que supone la existencia de un Ser Supremo que prohibe cosas y un sistema natural que no solo las autoriza, sino que mueve hacia ellas a todo ser viviente. Y es preciso *elegir*; pero el libre albedrío no queda, de nuevo, muy bien parado: «escoja lo mejor el de buena ventura» (67), es decir, el que tenga suerte suficiente para ello.

El héroe del *Libro de Buen Amor* –recuérdese que se trata de una narración poética en primera persona– es así un hombre problematizado, traído y llevado por fuerzas superiores y ajenas a él mismo, enfrentado en todo momento con graves dilemas, y que acaba por verse perdido en un laberinto de difícil y enigmática salida, si es que existe. Pero hay mas. Los propios seres humanos, víctimas de la oprimente mecánica, ni confían unos en otros ni se entienden entre si, añadiendo otro elemento de inseguridad a un mundo y una vida poco fáciles. Vivir es comunicarse con otros hombres y mujeres, y la palabra, un medio imprescindible para ello; el amor, se nos explica, es la expresión máxima de las relaciones humanas y la única solución para escapar al aislamiento. Juan Ruiz, que nos habla repetidamente de su soledad y fracasos, va más allá de la mera frustración. No existe sino el engaño y la falsedad:

> La mentira a las devezes a muchos aprovecha,
> la verdat a las devezes muchos en daño echa
> (367)

Juan Ruiz tiene plena conciencia de lo que vale «libertat e soltura» (206), pero también de que no parece posible conseguir esa libertad en un mundo dominado por fuerzas ajenas al propio hombre. Es en dos extensas series de fábulas y ejemplos donde el arcipreste, dentro de la más pura tradición medieval, pero con una intencionalidad radicalmente distinta, va a explicar de modo alegórico el sentido de su visión del mundo y del ser humano; didactismo, sin duda, pero bien lejos del convencional. Juan Ruiz recomienda tener siempre una «salida» pensada, una «guarida»:

> deve catar el omne con seso e con medida
> lo que fazer quisiere que aya dende salida,
> ante que façer cosa que'l sea retraída,
> guando teme ser preso, ante cate la guarida
> (1241)

Hay que sobrevivir, y para ello disponemos de un instrumento que Juan Ruiz menciona abundantemente, *el arte,* la astucia:

> Con arte se quebrantan los coraçones duros
> tómense las çibdades, derribanse los muros,
> caen las torres altas, álçanse los haduros;
> por arte juran muchos, por arte son perjuros.
> Por arte los pescados se toman so las ondas,
> e los pies enxutos corren por mares fondas
> .....
> Omne pobre con arte pasa con chico ofiçio,
> el arte al culpado salva del malefiçio...
>
> (618-620)

No parece, en verdad, que ni el arcipreste de Hita ni su libro encajen dentro de los esquemas establecidos, que nos hablan por un lado de un Juan Ruiz despreocupado y alegre, sin más propósito que el de hacer reír, y por otro, como ya se mencionó y se volverá a mencionar, de una obra meramente occidental, al tiempo que didáctico-moral, tradicional y ortodoxa.

Por lo demás, Juan Ruiz sabe perfectamente que además de las fuerzas «cósmicas» que dominan su universo hay también algo mucho más específico y determinado a que culpar, en buena medida, de la situación. En el *Libro de Buen Amor* aparece de modo explícito el poder del dinero y su fetichismo. En extenso y conocido pasaje, Juan Ruiz repasa los efectos corruptores de la nueva economía monetaria, de Papa para abajo, y termina:

> En suma te lo digo, tómalo tu mejor:
> el dinero del mundo es grand rebolvedor:
> señor faze del siervo, de señor servidor,
> toda cosa del siglo se faze por su amor
>
> (510)

Fetichismo, corrupción, trastrueque de valores y lucha individual de feroz pragmatismo son correlatos de la importancia concedida al dinero. En ese contexto se inserta el *Libro de Buen Amor,* en el que la mezcla del plano trascendente y del plano social y humano muestra la crisis del siglo XIV castellano, la del sistema feudal. En verdad, en la obra de Juan Ruiz lo único que parece no estar en crisis todavía es la Castilla mudéjar, la cual, sin embargo, comenzaría a hundirse de modo definitivo durante esa misma centuria, en 1391, con motivo de las feroces persecuciones antisemitas, ocurridas no solo en el Reino de Castilla, sino en toda la Península. En todo caso, en Juan Ruiz es ya obvia la ruptura de los horizontes cerrados y

orgánicos de la Edad Media. Y ello acaso porque como dijera mi maestro Dámaso Alonso,

> «Juan Ruiz era, entrañablemente, pueblo, hasta tal punto que entre los muchos valores de su libro, ninguno más evidente que el de ser un genial estallido de expresión hispánica. Ya se pueden afanar los eruditos en buscarle fuentes. Su ciencia es, sobre todo y ante todo, ciencia popular, folclore (...); él entrega su obra al pueblo, invitándole a ser su colaborador. (pág. 108).

Sí, en ese siglo de la crisis feudal, es más que probable que el rico y vital mundo mudéjar fuese lo único que todavía hiciese realmente vibrar a Juan Ruiz. Aparte de todo lo ya dicho, voy a recordar aquí solo dos momentos más del libro, próximos entre si. Después de señalar que nadie ha vuelto del otro mundo para decir que pasa por allá, el arcipreste afirma, aludiendo a Trotaconventos, que acaba de morir:

> cierto, en Paraíso estás tu assentada,
> con los mártires deves estar acompañada:
> sienpre en el mundo fuste por Dios martiriada
> (1570)

¿Una Trotaconventos, una alcahueta, a la derecha de Dios Padre, entre los mártires cristianos? ¿Una alcahueta martirizada aquí en nombre de Dios? ¿El Dios/dios del Amor? ¿Donde están los limites entre el amor profano y el amor espiritual? ¿Los hay, acaso, en el mundo musulmán? Y en el epitafio de Trotaconventos puede leerse nada menos que lo siguiente:

> El que aquí llegare, ¡sí dios le bendiga
> e si dé Dios buen amor e plazer de amiga!
> (1578)

Esto es: en el otro mundo, la vieja alcahueta pedirá a Dios que conceda a quien pase y ore ante su tumba «buen amor e plazer de amiga». ¿Que es, pues, el *buen amor*?

Termino con la cita de otro de mis dos maestros, Américo Castro, en extenso pero imprescindible texto:

> «Realidades antes mudas para el arte, surgen ahora valoradas de intenciones: pregones callejeros, diálogos cargados de intenciones, una muchacha que habla en árabe, el ajuar de la cocina y las faenas a que da motivo, operaciones agrícolas, «las viejas tras el fuego, ya dicen sus pastrañas»... Tal despliegue de fenómenos sensibles, de experiencia cotidiana, carece de antecedentes en castellano. Se dice ahora en rimas lo que acontece en la intimidad de las almas y en el mundo en que se vive; sentimos la presencia de ciudades de Castilla, el bullir de tres castas y tres creencias (...)» (págs. 378-379).

Es decir: un libro mudéjar, una cultura mudéjar: *fronteriza.*

BIBLIOGRAFIA

ALONSO, Dámaso: *De los siglos oscuros al de Oro* (Madrid, Gredos, 1964²).
CASTRO, Américo: *La realidad histórica de España* (Méjico, Porrua, 1954).
RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio: *Juan Ruiz, Arcipreste de Hita* (Madrid, EDAF, 1978).
— et al. *Historia Social de la Literatura Española,* I (Madrid, Castalia, 1982²).
RUIZ, Juan: *Libro de Buen Amor,* Ed. Alberto Blecua (Barcelona, Planeta, 1984²).